

“Fu Dios será mi Dios” (Rt 1,6)

Un primer anuncio en el amor de la familia



Sor Maria Ko

El Papa Francisco, en la Exhortación apostólica *Amoris Laetitia*, escribe: “*Ante las familias, y en medio de ellas, debe volver a resonar siempre el primer anuncio, que es «lo más bello, lo más grande, lo más atractivo y al mismo tiempo lo más necesario»(EG 35)”* (n. 58). “*Nuestra enseñanza sobre el matrimonio y la familia no puede dejar de inspirarse y de transfigurarse a la luz de este anuncio de amor y de ternura, para no convertirse en una mera defensa de una doctrina fría y sin vida”* (n. 59).

1

A la luz de cuanto ha sugerido el Papa y siguiendo también las indicaciones del Rector Mayor presentadas en el Aguinaldo 2017 “*¡Somos Familia! Cada casa, escuela de Vida y de Amor*”, concentramos nuestra reflexión en el libro bíblico – el libro de Rut – del cual seguramente podemos trazar preciosas inspiraciones sobre cómo hacer el primer anuncio en el contexto de la familia, pero sobre todo en el espíritu de familia.

1. Tres viudas solidarias

El libro de Rut, uno de los tres escritos bíblicos que tiene como protagonista principal a una mujer, es una joya de la literatura hebrea. La trama es sencilla, casi una crónica familiar con el sabor de lo cotidiano. La narración es vivaz, permeada de ternura, de calor humano, de delicadeza femenina y de una pizca de serena nostalgia de los bellos tiempos antiguos, en los cuales las relaciones humanas eran más sencillas, más genuinas y desinteresadas. De esta historia modesta de gente humilde brota un mensaje luminoso de acogida y solidaridad.

El evento se sitúa en la época de los jueces, es decir, en un período caracterizado por la ausencia de organización social. “*En aquel tiempo no había un rey en Israel; cada uno hacía como mejor le parecía”* (Jueces 21, 25). A la inseguridad política se agregan las desgracias provocadas por los eventos naturales. Belén, la Casa del Pan, es golpeada por la carestía. Impulsado por el hambre, Elimelec abandona la propia tierra y emigra a los “campos de Moab”, más allá del Jordán, con la mujer Noemí y dos hijos. La familia, a los diez años de haber emigrado (en el texto, en el giro de 5 versículos), queda reducida a tres mujeres privadas de sus maridos como de hijos, pobres, solas e indefensas.

La vida dura se hace insostenible: es necesario tomar alguna decisión, hacer algo para salvarse. Noemí, la suegra anciana, decide regresar a la patria. No queriendo sacrificar la juventud de las nueras, las invita a regresar a casa y volverse a casar. Al renunciar de su compañía y anteponerlas antes que su propio bien, Noemí se revela una mujer noble, fuerte, valiente, delicada, amable, llena de confianza en Dios y de cariño por los suyos. No obstante que sean extranjeras, Noemí invoca sobre las nueras la bendición de su Dios: “*Váyanse, vuelva cada una a la casa de su madre. ¡Que el Señor tenga misericordia de ustedes, como ustedes la tuvieron con mis hijos muertos y conmigo! Que el Señor les dé un lugar para vivir tranquilas, en compañía de un nuevo esposo”* (1,8-9). Cuando las nueras insisten en permanecer con ella, Noemí trata de convencerlas de manera sencilla, simpática, muy humana, muy femenina y con un fino humorismo:

“*Regresen, hijas mías. ¿Por qué quieren venir conmigo? ¿Acaso tengo aún hijos en mi seno para que puedan ser sus esposos? Vuélvanse, hijas mías, vayan. Yo soy demasiado vieja para casarme. Y aunque dijera que todavía no perdí las esperanzas, que esta misma noche voy a unirme con un hombre, y que tendré hijos, ¿esperarían ustedes hasta que ellos se hagan grandes? ¿Dejarían por eso de casarse? No, hijas mías”* (1,11-13).

2. En la amistad Dios pasa del “tuyo” al “mío”

Orpa se deja convencer por la solicitud afectuosa de Noemí. Rut, en cambio, no desiste. *“Mira, tu cuñada regresa a su pueblo y a sus dioses; regresa tú también con ella”*(1,15), insiste la suegra tratando por todos los medios de convencer a la joven nuera. Esta, sin embargo, firme en su elección, prorrumpe en expresiones de fidelidad tan fuertes que parece un juramento, una confesión de amor y una profesión de fe: *“No insistas en que te abandone y me vuelva, porque yo iré adonde tú vayas y viviré donde tú vivas. Tu pueblo será mi pueblo y tu Dios será mi Dios. Moriré donde tú mueras y allí seré enterrada. Que el Señor me castigue más de lo debido, si logra separarme de ti algo que no sea la muerte”*(1,16-17).

El camino de Moab hacia Belén es un camino de fe para las dos viudas, suegra y nuera: no llevan mucho equipaje, ni protección ni garantías. Tienen un solo tesoro: el afecto que las une recíprocamente. Pero el Señor se hace presente y camina con ellas.

En la anciana viuda de Israel y en la joven nuera de Moab están de frente dos pueblos, dos culturas, dos generaciones; sin embargo el amor las une íntimamente. Ellas testimonian que el encuentro entre culturas, el diálogo entre generaciones, la acogida de la diversidad, el horizonte universal, etc. son posibles cuando hay amor.

Rut “se queda con Noemí” (1,14) con una sincera amistad. Es a través de esta intensidad de relación humana que Dios obra maravillas. Él no se deja encontrar solo en las grandes teofanías y en las victorias estrepitosas, sino también en el ámbito doméstico, en la historia de una familia señalada por el dolor: carestía, enfermedad, muerte, pobreza, inseguridad. Aquí el rostro de Dios se refleja en dos mujeres, viudas, sin hijos: una extranjera y otra migrante.

Dios, que vive en la relación intra-trinitaria, ama revelarse en la comunión intra-humana. Él, que envía a su Hijo para que se convierta en hermano y amigo del hombre, ama hacerse descubrir en la solidaridad de los amigos. Él se hace encontrar en la pureza y en la profundidad del amor humano: “Donde hay caridad y amor, allí está Dios”.

No es raro también escuchar hoy personas que afirman: “Yo creo al Dios de...”; particularmente en el ambiente donde Dios no es conocido: “Si este cristiano es así de bueno, así de feliz, su Dios es también para mí”. ¡Esto es un “primer anuncio” bien logrado! En realidad ninguno de nosotros nace con la conciencia clara de Dios. El Dios que nos viene al encuentro es siempre el Dios de un “tú”, el Dios de los demás, el Dios que nos presentan los otros. A Dios mismo le gusta presentarse “Dios de Abraham, de Isaac, de Jacob” (Ex 3,15), “el Dios de los Padres” (Hech 7, 32), un Dios de cada uno, un Dios en quien los demás han hecho experiencia en el pasado, un Dios creído, amado por los otros, un Dios para que nazca y crezca en los seres queridos. Dios ama la colaboración y asume de modo sorprendente a sus colaboradores.

Don Bosco ha comprendido bien esta dinámica y ha optado por apoyar el sistema preventivo en la caridad. Y en este sentido es que él exhorta a ganar el corazón de los jóvenes “a hacerse amar más que temer”, a “esforzarse a amar aquello que los jóvenes aman”.

En un encuentro de animación misionera un grupo de jóvenes ha creado este slogan: *“¿Tu Dios ha muerto? Toma el mío: ¡Vive!”*. Es una bellísima expresión de primer anuncio. Dios gusta pasar del “tuyo” al “mío” a través del puente de la amistad.

3. El “password” para el corazón

Si entre Noemí y Rut existe diversidad de cultura, de edad, de tradiciones, en la relación entre Rut y Booz esta alteridad se refuerza todavía más: hombre-mujer, israelita-extranjera, rico-pobre. La alteridad no es vivida como temor, peligro, obstáculo para eliminar, sino como estímulo para trabajar en el arte del amor.

Booz aparece en la escena con un saludo a los segadores “El Señor esté con vosotros”, quienes responden: “Te bendiga el Señor” (2,4). La bendición de Dios guía todo lo que sigue de la narración y suscita en Booz una mirada de benevolencia y una espontánea simpatía hacia aquella mujer desconocida que ve espigar en el campo. Al enterarse de su trabajo emprendedor y de su amor hacia la suegra, Booz llena a la joven mujer de gestos de bondad. Ante tanta delicadeza Rut queda confundida, sorprendida, conmovida. No se esperaba nada de todo esto: “¿Por qué te he caído en gracia para que te fijas en mí, si no soy más que una extranjera?”(2,10). Rut señala el hecho de ser extranjera, casi temiendo que el otro no lo sepa.

A Booz, en cambio, este particular no le interesa en absoluto. Le dice: “Me han contado muy bien todo lo que hiciste por tu suegra después que murió tu marido, y cómo has dejado a tu padre, a tu madre y tu tierra natal, para venir a un pueblo desconocido”(2,11). Los hechos hablan y se difunden. ¿No ha dicho Jesús, por sus frutos los reconocerán (Jn 13,34)? Los hechos bellos conmueven y hacen efecto: no es importante si son realizados por un europeo, un asiático, un americano. Hombres y mujeres se encuentran en lo más profundo de su humanidad. El ecumenismo y la universalización, la evangelización y el primer anuncio no se realizan sino en este nivel profundo. Rut, agradecida y conmovida por tanta bondad, dice a Booz: “...Tú me has consolado y has hablado al corazón de tu sierva...” (2,13). Hablar al corazón es un lenguaje que da fuerza y renueva la vida desde dentro. Dios hace salir al pueblo de Egipto para *hablar a su corazón* (Os 2,16). Al pueblo oprimido y desanimado él anuncia: “Consolad, consolad a mi pueblo... Hablad al corazón de Jerusalén y gritar que es terminada su esclavitud!” (Is 40,1-2).

Hablar al corazón, buscar el punto más sensible al bien, como dice Don Bosco, encontrar el *password* de acceso que abre el corazón es siempre fundamental, también en el compromiso del primer anuncio.

4. Sorpresas de la Divina Providencia

La historia de Noemí y de Rut tiene un final feliz. Las dos mujeres, en su acogida recíproca, cumplen inconscientemente, un proyecto misterioso de Dios. Rut se casará con Booz y de este matrimonio feliz nacerá Obed, de quien, un siglo más tarde, nacerá David. Y un milenio después, el Hijo de Dios, Jesús, hijo de David, por tanto, hijo de Rut, hijo de Noemí. Las relaciones humanas se convierten así en terreno de milagro, espacio en el cual Dios manifiesta su ternura providente, ocasión en la cual Él sorprende al mundo.

Además de las personas, otros signos abundan en este libro. Por ejemplo: las dos viudas llegan a Belén propio “cuando comenzaba la cosecha de la cebada”(1,22); yendo a espigar, Rut “tuvo la suerte de hacerlo en una parcela perteneciente a Booz, el de la familia de Elimelec”(2,3), y “En ese preciso momento, llegaba Booz de Belén”(2,4). Existe toda una cadena de coincidencias de tiempo, de lugar, de movimiento de las personas, pero, en realidad, esto que llamamos “casualidad”, “por coincidencia” es frecuentemente obra de la Divina Providencia, pensada con cuidado y hecha con amor. En el campo de la evangelización Dios ama actuar escondido, sin poner su firma en grande. Frecuentemente creemos ser nosotros los protagonistas de la obra, porque somos nosotros quienes hacemos proyectos con inteligencia, trabajamos con celo y sacrificio, pero, en realidad es Dios que, con su Providencia sorprendente, lleva adelante todo, más allá de nuestras expectativas. Escribe Pablo: “Yo planté y Apolo regó, pero el que ha hecho crecer es Dios” (1Cor 3,6).

